



29 DE NOVIEMBRE DE 2020



Advierta domingo 1º - ciclo B

- **Is 63,1-17.19b; 64,2b-7:** ¡Ojalá rasgases el cielo y descendieses!
- **Salmo responsorial 79:** Oh Dios, restáuranos, que brille tu rostro y nos salve.
- **1Cor 1,3-9:** Aguardamos la manifestación de nuestro Señor Jesucristo.
- **Mc 13, 33-37:** Velad, pues no sabéis cuándo vendrá el señor de la casa



+ **Lectura del santo Evangelio según San Marcos**

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos:

"Estad atentos, vigilad: pues no sabéis cuándo es el momento.

Es igual que un hombre que se fue de viaje, y dejó su casa y dio a cada uno de sus criados su tarea, encargando al portero que velara.

Velad entonces, pues no sabéis cuándo vendrá el señor de la casa, si al atardecer, o a medianoche, o al canto del gallo, o al amanecer: no sea que venga inesperadamente y os encuentre dormidos. Lo que os digo a vosotros, lo digo a todos: ¡Velad!"

Palabra del Señor



1. Lectura

En la primera lectura de Isaías el profeta suplica en nombre de su pueblo para que el Señor intervenga y traiga la salvación a un pueblo que vive en la angustia y en las tinieblas. En el salmo respondemos a esta súplica pidiéndole al Señor que nos restaure y que nos salve. En la segunda lectura, San Pablo, dirigiéndose a una comunidad lacerada de divisiones, les dice que los cristianos son los que esperan la manifestación de Jesucristo. En el Evangelio, Jesús nos pide una actitud de vigilancia, pues él, el señor de la casa, vendrá en la noche del mundo.



2. Meditar

Suplicar al Señor que él sea de verdad nuestro Dios y que se manifieste desde su misericordia, implica preguntarnos sobre la relación que estamos viviendo con este tiempo tan especial que estamos viviendo. ¿Dónde está nuestro corazón en este momento? ¿Cuáles son nuestros deseos más profundos? Tantas veces nuestra relación con el presente y el futuro nos suscita más miedo que esperanza, y esto nos lleva a replegarnos sobre nosotros mismos. Nos dejamos llevar por este letargo que termina destruyendo la fe.

Suplicar al Señor es abrirnos a la verdad desde un deseo infinito de él.. Y esto sólo lo podemos hacer desde nuestra realidad, desde nuestros desiertos y desde nuestras oscuridades.



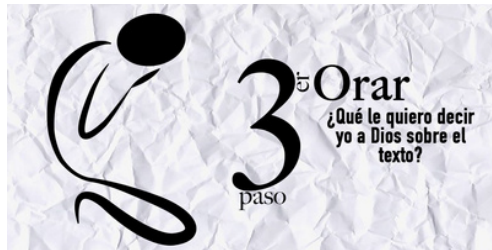
El desierto de este texto de Isaías, y la noche de la que nos habla el evangelio, simbolizan los tiempos oscuros y difíciles, las tinieblas interiores y los desiertos personales y comunitarios, sociales e institucionales. Se trata de vivir en estos desiertos y estar en estas noches sin sucumbir, vigilando y luchando contra los acomodamientos. El deseo sincero de Dios, la sed de Dios, de su verdad, de su amor, alimenta nuestra súplica y nos hace adoptar una postura de vigilancia.

Vigilancia, he aquí la gran palabra del adviento, la actitud que Jesús nos pide en el Evangelio. La vigilancia es la actitud para estar a la altura de nuestra propia humanidad y de nuestra fe. Vigilar significa tener los pies en la realidad, con los sentidos despiertos, resistiendo al riesgo de abrirnos válvulas de escape con la imaginación o con la idolatría. La idolatría es autosuficiencia del presente, vivir al día con una actitud hedonista. Eso mata nuestra espera.

Vigilar significa ser responsables con nosotros mismos, con nuestro propio cuerpo, con nuestra conducta, con los otros, y por supuesto, con nuestra relación con Dios. Este es nuestro tiempo, y en este tiempo tenemos que hacer el esfuerzo profético de discernir, ayudados por la Palabra, los signos de la presencia de Dios en nuestras vidas y en nuestro mundo. Él sigue con las manos abiertas y nosotros somos sus testigos. No sólo mantenemos la actitud de vigilancia sobre nosotros mismos sino también sobre nuestros hermanos, especialmente los más necesitados.

Preguntas para la meditación personal:

- ¿Muestro en mi vida, en mis palabras, en mis actitudes el deseo de Dios como mi gran deseo, lo que más me importa, lo que busco, lo que anhelo...? ¿Conecto desde este deseo con gente que busca sinceramente a Dios?**
- ¿En qué parcelas de mi vida necesito una actitud de vigilancia especial: la oración, la relación con los demás, mi lenguaje, mi cuerpo y mis sentidos...?**



3. Orar

Esta actitud de vigilancia es ya una oración. “Tenía mis manos extendidas todo el día hacia un pueblo rebelde”, le dice Dios, a través del profeta, a su pueblo que se lamenta... Nosotros somos hoy testigos de esto, de que Dios tiene las manos extendidas.... Somos testigos de su misericordia. “¡Tú eres nuestro padre!”

Por eso nuestra súplica es la súplica de nuestros hermanos necesitados, de los que no suplican, de los que han bajado los brazos, de los quieren pero no pueden por su debilidad. Si nosotros no suplicamos desde esta fe desnuda, si no oramos desde esta actitud de vigilancia, ¿Quién lo va a hacer?

Señor, Padre nuestro, te suplicamos que nos muestres cada día tu misericordia. Te buscamos como hijos pequeños a través de tu Hijo Jesucristo, y tenemos deseo de Ti, de tu verdad, de tu amor.

En este momento nuestro tan oscuro, guíanos con la luz de tu misericordia, para que con tu luz podamos estar vigilantes por nosotros y por tantos que caminan como compañeros nuestros en las oscuridades de este mundo. AMEN



4. Contemplar y orar

Contemplamos con una humilde mirada y con una actitud de abandono confiado la misericordia de Dios Padre, en la que todos cabemos.

Somos conscientes de lo que nos cuesta servir al Señor, abrirnos de verdad al Dios de la vida, cuánta renuncia a uno mismo, cuánta vigilancia, cuanto amor a los enemigos, cuánta humillación...

Pero recibimos muchos más de lo que damos. Por eso buscamos tener un corazón puro y vigilante abierto a las necesidades de nuestros hermanos, escuchando, ayudando, compartiendo, amando...